

América Latina: ¿regresando al pasado para enfrentar el futuro?

Nov-07-05 - por Jordi Urgell*

La reciente detención de Alberto Fujimori en Chile, lejos de ser un caso único de la turbulenta coyuntura peruana de los últimos tiempos, ilustra y permite visibilizar un fenómeno tan recurrente como preocupante en la política latinoamericana: el retorno a la arena política de controvertidas figuras del pasado dispuestas a salvar a la patria del caos. Basta volver la vista atrás dos escasos años o estar al acecho de los candidatos que ya se han postulado para las numerosas elecciones que va a celebrar América Latina en los próximos meses para advertir la menudeada reaparición de fantasmas del pasado que, normalmente tras un largo exilio, un prolongado retiro de la vida pública y un meticuloso reciclaje político, regresan con aires triunfales y casi mesiánicos para restaurar pretéritas y mejores épocas. Veamos.

En 2003, el ex Presidente argentino **Carlos Menem** interrumpió su exilio (léase fuga de la justicia) en Chile para recuperar la hegemonía de un justicialismo dividido y sacar a su país natal de la peor crisis de su historia. Su retorno triunfal a Buenos Aires, cual Perón en su apogeo político décadas atrás, no se vio recompensado por otro triunfo en las urnas, puesto que el otrora invencible caudillo peronista decidió retirarse en la segunda vuelta de los comicios presidenciales ante unas encuestas que le auguraban la primera derrota electoral de toda su carrera precisamente ante un recién llegado a la política nacional como Néstor Kirchner. La humillante derrota que acaba de sufrir Menem en las recientes elecciones argentinas de octubre precisamente en su feudo de La Rioja, si bien le permite ingresar en el Senado y aparcar por un tiempo sus numerosos problemas con la justicia, permiten vislumbrar el declive definitivo de su carrera política.

A finales de 2003, **Efraín Ríos Montt**, pastor evangélico con ínfulas mesiánicas, ex dictador golpista y principal responsable de actos de genocidio en Guatemala a principios de los 80 (Naciones Unidas dixit), se quedó a las puertas de su añorado poder y de la deseada inmunidad presidencial y no logró alcanzar la segunda vuelta de unas elecciones presidenciales de las que salió vencedor Óscar Berger. A pesar de encabezar la principal formación del país (FRG), de gozar de innegables aptitudes retóricas y de manipulación de masas, de presidir el Congreso de la República a su libre consideración o de contar con el apoyo de las catacumbas del poder, del Ejército, de los ex paramilitares y de importantes sectores campesinos, todo ello no fue suficiente para recuperar los hilos del poder y para evitar el arresto domiciliario en el que se encuentra actualmente.

En junio 2004, el ex militar **Lino César Oviedo** regresó a Paraguay tras cinco años de exilio para (públicamente) someterse a la justicia y (sabidamente) para reorganizar su formación política (UNACE) y alcanzar de una vez por todas un sillón presidencial que siempre le fue negado en virtud de su prolongado historial golpista. Se inició en dicho arte en 1989 derrocando al desconocido pero temible y longevo ex dictador Alfredo Stroessner. Sospesando el clamor popular que ello le reportó lo intentó de nuevo (esta vez de forma fallida) en 1996 y en 2000. Tan arduo empeño le costó una condena a 10 años de cárcel y el consiguiente y consabido exilio, pero no erosionó en absoluto su aureola de infatigable luchador por la regeneración del país: en 1998 el protegido político de Oviedo, Raúl Cubas Grau, ganó las elecciones presidenciales prometiendo la liberación (como así finalmente hizo) del ex militar.

Ya a finales de 2005, y con escasas semanas de diferencia, hemos tenido noticia de tres hechos que no hacen sino confirmar lo dicho hasta el momento: las intenciones de François Duvalier y Alberto Fujimori de disputar las próximas elecciones presidenciales en Haití y en Perú, respectivamente, y la férrea determinación del ex Presidente ecuatoriano Lucio Gutiérrez de recuperar, aún desde la cárcel, una presidencia que considera ilegítimamente usurpada.

François Duvalier, conocido como Baby Doc, vástago de Jean Claude Duvalier (Papa Doc), continuador de una de las sagas dictatoriales más sangrientas de la segunda mitad del siglo XX, posiblemente se frotaba las manos desde su exilio viendo cómo no transitaba ninguna de las transiciones que se han intentado en Haití desde 1986; tal vez sonreía comprobando cómo el país se le iba de las manos a Jean Bertrand Aristide y seguro leía atónito las recientes encuestas que le sitúan como el Presidente mejor valorado de los últimos 20 años. Las inminentes elecciones en Haití, a las que por cierto se han postulado un buen número de ex Presidentes y ex Ministros, resolverán si el país más pobre de América Latina decide volver a someterse a los designios de quien le tiranizó durante tantos años.

Algo parecido a lo de Duvalier le debía ocurrir a **Alberto Fujimori** desde su exilio en Japón, viendo cómo la incompetencia y los escándalos de Alejandro Toledo (por cierto, el Presidente latinoamericano con menor

apoyo popular) no sólo daban al traste con las expectativas que generaron el fin de 10 años de autoritarismo, sino que le aupaban a la cima de las encuestas de intención de voto. No debiera serle muy difícil a Fujimori, hábil y experto conocedor de los hilos del poder, atizar y capitalizar la profunda crisis que atraviesa el país andino, ya sea instrumentalizando y sobredimensionando un eventual resurgimiento de Sendero Luminoso o bien rescatando algunos de los numerosos resortes aún activos del entramado fujimontesinista.

Lucio Gutiérrez, también militar, también golpista, también ex Presidente, también exiliado, ha renunciado recientemente a los asilos concedidos por Brasil y Colombia para regresar a Ecuador y anunciar desde la cárcel que el actual Ejecutivo de Alfredo Palacio es ilegítimo y que suya será la presidencia. Si bien ha declarado que piensa hacerlo por medios pacíficos y legales, nadie duda de que determinados sectores políticos han empezado a conspirar y que los cuarteles militares están al acecho.

¿Cómo entender que gocen de segundas oportunidades semejante retahíla de dictatoriales, autoritarios, populistas (en la peor acepción del término) y en ocasiones convictos personajes cuyos periodos de poder, en el mejor de los casos, estuvieron plagados de movilizaciones sociales, violaciones de los derechos humanos y condenas de la comunidad internacional?

Visto lo visto, pareciera como si la llamada erótica del poder en América Latina fuera especialmente e irremediabilmente irresistible: **Fidel Castro** en Cuba, **Daniel Ortega** en Nicaragua o el eterno opositor **Schafik Handal** en El Salvador no ceden el testigo de la vanguardia revolucionaria; **Jorge Quiroga** (ex Presidente entre 2001 y 2002) vuelve a presentarse a las elecciones bolivianas de diciembre y sigue de cerca en las encuestas a Evo Morales; **Oscar Arias**, Nóbel de la Paz en 1987, cuenta con serias posibilidades de repetir como Presidente costarricense si hace buenos los pronósticos para las elecciones de 2006; **Leonel Fernández** obtuvo una abultada victoria en las elecciones de República Dominicana de 2004 después de haber gobernado entre 1996 y 2000; **Alan García**, elegido Presidente del Perú en 1985, se quedó a pocos votos de Alejandro Toledo en las elecciones de 2001 y todo parece indicar que seguirá intentándolo; **Abdalá Bucharam**, en Ecuador ... etcétera, etcétera.

Sin embargo, la frecuencia e intensidad del fenómeno obliga a buscar explicaciones más allá de algo tan universal como el apego al poder e incita a adentrarse en la cultura política y en la historia del continente. Una primera tentativa de explicación podría ser el hiperpresidencialismo característico de América Latina, concepto utilizado para designar, entre otras cuestiones, la preponderancia y omnipresencia del Ejecutivo por encima de los otros dos poderes del Estado o la tendencia a delegar (ciegamente) la conducción de la nación en personas carismáticas: caudillos, próceres, militares políticos y políticos militares, dictadores y otras figuras variopintas documentadas por la historia y la prolífica literatura latinoamericana.

Pero segundo, y tal vez más importante, es la crisis que América Latina no consigue sacudirse de encima. Efectivamente, los 70 fueron considerados la década pérdida en lo político (ola de golpes de Estado y dictaduras militares), los 80 en lo económico (crisis de la deuda y estancamiento de la economía) y los 90 en lo social (consenso de Washington y emergencia de nuevos actores y demandas). Una de las primeras y principales víctimas de estas sucesivas "décadas perdidas" es la democracia, tal y como pone de relieve un reciente informe del PNUD sobre el estado de la misma en el continente: cuando se cumplen dos décadas de la "recuperación" de la democracia, el 54% de la población estaría dispuesta a aceptar un régimen autoritario si éste resolviera las cuestiones socioeconómicas de la región y el 58% se mostraba de acuerdo con que los Presidentes vayan más allá de las leyes para atajar determinados problemas.

Datos especialmente dramáticos (quizás también comprensibles) en un continente que, tras haberse desangrado durante la segunda mitad del siglo XX en busca de fachadas democráticas, parece no tener otra opción que regresar al pasado para enfrentar el futuro.

**Jordi Urgell es Investigador de la Escuela de Cultura de Paz de la Universidad Autónoma de Barcelona.*